

Cuadros de una peregrinación

JOSÉ LUIS SUÁREZ ROCA



Peregrino enfermo

El bardo de la niebla contempla por última vez los muros de París: levanta los ojos hacia “la capital del mundo civilizado” –lejos los jardines de Versalles, allá las brasas de la asombrosa Exposición de la Industria Francesa–, y exclama un versículo de peregrino desencantado al partir en la malle-poste:

—¡Adiós París en el crepúsculo estival!

¿Qué le ha sucedido al poeta en París? Durante los tres meses del verano de 1844 se ha sentido en la ciudad del Sena como en su “querida España”. Y sin embargo muy pocas, tres o cuatro ‘impresiones’ nos ha dejado escritas sobre su vivir en esa “especie de patria común” que era entonces el París realista y posromántico. ¿Con qué pintores, con qué poetas y músicos, con qué exiliados españoles ha convivido y conversado Enrique Gil?

Apenas abandona el sueño de París comienza a redactar el Diario de su viaje hasta el cielo de Berlín, un relato de su ‘largo viaje’... hacia la tumba. ¿Quién ha escrito que la lectura de este Diario es decepcionante?



¿Decepcionante el descubrir cómo vibra el alma de un romántico español de veintinueve años, herido de melancolía y fascinación por las catedrales, los cementerios, los castillos en ruinas, los ríos con sus nieblas, los crepúsculos y el mar?

Al poeta hace cinco años que le han brotado nenúfares en los pulmones. Al joven bardo tuberculoso le espanta la imagen de su morir entre los raíles de la Nada. Y no existe un medicamento más eficaz contra los repentinos ataques de la desconsolación que hacer literatura diaria con pedazos de su peregrinaje.

Vedlo ahí abatido en el asiento de la diligencia: el bardo español enfermo rodando por las rutas del norte de una Europa en brumas revolucionarias. ¡Cómo dormir con el ruido diabólico de esos carruajes en medio de las tinieblas! Camino de la ciudad de Lille, la noche ha debido ser terrible, y sin embargo no derrama su dolor en el Diario con tintes sombríos ni dramatismos retóricos:

—He pasado muy mal la noche, como de costumbre en estos carruajes, vomitando a menudo, y muy desasosegado.

Casi todas las noches que viaja en diligencia las pasa con sus “acostumbradas ansias de estómago, y vomitando mucho”. Vedlo ahí rendido, monologando su tribulación, tosiendo sus huesos de peregrino atlántico. ¡Y esa lluvia pertinaz que tanto le mortifica! Se ha quedado Enrique Gil meditando en su jardín terminal.

Bajo la lluvia

Con su levita de fino paño gris, corbata de plastrón bajo el cuello de pajarita, pantalón ajustado, y esa tez pálida, cabello castaño claro, casi rubio, y ojos azules, podría pasar nuestro joven diplomático berciano por un apuesto y misterioso espía alemán. Su fisonomía debía de ser hermosa.

Se halla un mediodía de agosto contemplando embebecido un paisaje de ensueño: la ciudadela de Ehrenbreitstein, en la desembocadura del Mosela... una fortaleza “que lo enseñoa todo con su soberbia mole de baluartes”. Y de pronto un nubarrón traicionero comienza a desgajarse, se desata la lluvia reciamente... Y corre, corre el poeta sorprendido a guarecerse en la garita de un centinela. Se le agitan los nenúfares en los pulmones, la luz se le llena de manchas, el agua le acerca la piel...

Al fin lo acoge cordialmente el buen soldado en su casilla, cuando ya la lluvia lo ha dejado “como un pollo caído en un pozo”. Vedlo empapado, tiritando, caminando deprisa hasta el hotel del Gigante, en la bella ciudad de Coblenza, para ponerse otra ropa:



—Yo sentí mucho no disfrutar por más tiempo de aquella perspectiva magnífica. Pero el agua fría no es grande amiga de mis nervios, y tuve que venir a mudarme.

La lluvia, la humedad y el frío agitaban su mal contenida dolencia, pero el poeta lo silenciaba, silencia que su ánimo ahora, en la noche de Coblenza, está empapado de esa tristura nórdica que la lluvia ha esparcido por sus calles.

Frente al mar

Imaginad ahora al bardo del Noroeste frente al mar del Norte. El deseo de ver el mar del Norte es el que le ha traído a la ciudad belga de Ostende. Se está haciendo de noche, pero antes de retirarse a descansar quiere ver el mar. Pasea solo por la playa. Aunque calma, la atmósfera está húmeda y pesada: las olas apenas mueven “el más leve rumor”. No se encuentra bien el poeta, levísima sombra recortada contra el horizonte ensombrecido. Regresa al hotel decepcionado: no ha sido muy agradable el espectáculo que ha contemplado. ¿Qué esperaba hallar su alma atormentada?

Al día siguiente —no ha dormido apenas—, se levanta muy de madrugada y se encamina de nuevo al arenal. La mañana está muy fría, corre un viento muy fuerte y del cielo se desploman violentos chaparrones. Pero ahora sí, ahora es soberbio el espectáculo de aquella inmensa llanura, “alborotada como una muchedumbre amotinada” y cuyas verdosas olas gigantes se estrellan contra el malecón, “desparramándose por el aire en menudas gotas”.

Una vez más se le alborotan al poeta los nenúfares en sus pulmones. Se le alborotan las angustias, se arroja su corazón en brazos del desasosiego... Las cenizas del mar le están entristeciendo el espíritu. Su alma se funde con el paisaje. ¿Qué le conturba entonces? ¿De qué naturaleza son esos nublados que le amenazan, esos “otros nublados peores que hay y más difíciles de disipar”?

¿Cuántas horas habría pasado Enrique Gil a orillas del mar de Holanda? De frente, el mar; y a sus espaldas, las dolencias del presente. De frente el mar y sus tremendas interrogaciones...

En Scheveningen, la ciudad que cuarenta años después iba a inmortalizar Van Gogh, la tarde del 25 de agosto, después de comer, ha ido en compañía de sus colegas del cuerpo diplomático al balneario que se alza frente al mar. Es seductora la música que suena en el salón, pero prefiere Gil escuchar las estremecedoras melodías del mar: el mar que viene a estrellarse con violencia en las dunas... Presenta la playa a lo lejos “el mismo desolado y estéril aspecto” que pocos días antes ofrecía en Ostende. El oscurecer de este día, sin embargo, es sereno y sosegado. Escuchad al pasajero, así revela su deseo contra el viento:



—Cada día me inspira más amor este elemento, y si viviera en puerto, su orilla sería mi paseo favorito.

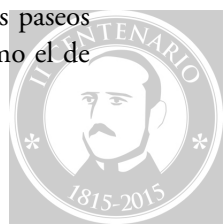
El bardo en el lago



El bardo de la niebla, tras haber comido en la ciudad renana de Andernach, ha salido en una carretela de un caballo con ánimo de visitar la abadía y el lago de Laach. Los parajes del Bierzo que lleva grabados en su nostalgia de pronto se le encienden al contemplar los colores del campo y las colinas del país. La abadía está situada a la vera de bosques frondosísimos y a la orilla de una tranquila y fresquísimas balsa que le sirve de espejo: el lago de Laach. He ahí al poeta perdido en la verdura y lozanía de esos bosques. ¿Son los bosques del Bierzo, las montañas que se elevan entre Peñalba y Montes, lo que está contemplando?

—No es fácil figurarse cuánto suavizan y animan aquellas laderas estas verdes espesuras, ni con qué placer se pierde la imaginación en sus abrigos y sombras misteriosas.

He ahí al poeta sobrenadando como un espectro enfermo el lago de Laach: con sus árboles hasta el borde mismo del agua, este lago es delicioso “y su apartamento apacible en sumo grado”. Se pasea Enrique Gil por sus orillas, observa el movimiento de las aguas, rizadas por el viento, y el raro mosaico y desvanecimiento de tintas que forman las diferentes nubes esparcidas de trecho en trecho por el cielo en ese espejo. ¿No estarán viendo algo más sus ojos de peregrino visionario? ¿No estarán pasando por el espejo de su mente las escenas que iluminaron en otro tiempo las aguas de la leyenda del lago de Carucedo? Agitan su memoria las vistas de aquel lago legendario y los paseos que dio por sus orillas. Le fascina este lago renano, pero no tanto como el de



su tierra natal, “mucho más grande, más variado, más hermoso y más lleno de recuerdos, si no tan fresco y apacible”. Se encuentra el poeta en estado de dulce y apacible soledad. La calma y la belleza que desprenden la abadía y el lago de Laach se contagian, “se pegan extraordinariamente al alma”. Pasea bajo las bóvedas altas y espaciosas del claustro, su imaginación se transporta al mundo medieval, su alma se extasía en esa serenísima soledad. ¿Cómo perpetuar ese mágico momento? Gil desearía quedarse a morar “ahí”, a ‘morir’ en un lugar tan bello como el que está contemplando:

—Para acabar los días de la vida apenas acierta el deseo a pedir más sino la posesión de un terreno y retiro como este.

En un salón de baile

El poeta va a asistir a un baile en el Kursaal de la linda ciudad de Wiesbaden. Antes, y para evitar la soledad que desazona, ha ido a visitar el castillo arruinado de Sonneberg. Las escenas pastorales que contempla serán grabadas con esmero en su *Diario*.

A la vuelta, los salones y jardines del casino están concurridos y brillantes. Advierte Gil que entre esas gentes predomina el tipo alemán, y que escasean las mujeres hermosas. Desde las diez hasta las once de la noche presenciara el baile, menos animado de lo que se había figurado. Le extraña el poco gusto de los tocados y atavíos que visten casi todos los asistentes. Y tan descuidados le parecen, que el suyo, ese traje que se ha puesto para la ocasión, podría parecer demasiado afectado:

—Me habían dicho que en cuanto al traje había un poco de escrupulosidad, y yo había seguido el aviso aderezándome un poco, cosa de que me pesó, pues sin que hubiera sido tal mi ánimo, podía pasar por extrema mi compostura al lado de otras descuidadas.

En una esquina del salón se ha situado. Parece un espía de un país del norte. Está observando cómo danzan las parejas más jóvenes. ¿No sabe bailar los vales y las polcas que están los músicos tocando? ¿O acaso de golpe han asaltado su imaginación escenas amorosas de su primera juventud? Vedlo ahí, esquinado con su impecable traje de galán español, solitario de ojos azules que miran más allá de la música...

La función ha comenzado a decaer. Son las once, y el bardo fiel a su invisible amante reacciona con cierto desdén: sale del casino “con las primeras mamás soñolientas y las primeras niñas contrariadas”. ¿A quién hubiera podido contarle su secreto? ¿En qué imagen de amante lejana pensaba el espía del Bierzo esa noche en el Casino de Wiesbaden?



Perdido en el templo



1

En la ciudad de Rouen visita Gil la abadía de Saint-Ouen. Se estremece al ver descollar el templo sobre un cielo azul y diáfano y bañado por los rayos del sol:

—Parecía desprenderse de la tierra, como se desprenden los pensamientos que inspira.

Pero antes lo ha visto bajo otra luz, y un vértigo de misticismo ha sufrido el bardo escéptico. La oscuridad del cielo había apagado los colores de las vidrieras, el coro estaba colgado todavía de negro por unas exequias que se acababan de celebrar, no había nadie en el templo, y la lluvia que había comenzado a desatarse parecía envolver el alma “en esa nube de tristeza desalentada y abatida que rara vez deja de apoderarse de la imaginación de los hijos del mediodía en las regiones del Norte”. Tal espectáculo, sin embargo, confiesa Gil, purifica los sentimientos y eleva las ideas, como si difundiese un perfume suavísimo por aquel vacío del corazón que sienten en todas las grandes ocasiones las almas bien templadas que los desengaños del mundo y el desvanecimiento de los sueños generosos ensanchan sin medida, y que con tanta violencia impele el alma hacia las fuentes de la religión y de un consuelo que rara vez acierta a dar la tierra.

Así ha expresado el peregrino esa conmoción religiosa que ha sufrido en el templo “más puro, aéreo y delicado” que han visto sus ojos en el género gótico.

—Mil veces he recorrido la catedral de León, una de las más ricas y atrevidas que posee nuestra España, si no la más, y sin embargo con la

¹ Saint-Ouen en la actualidad, © Francisco Barranco, 2011, cortesía del autor.



sinceridad que debe caracterizar a un viajero, confieso que no llega a la unidad, concierto y reposo que como un aliento vital parece animar a Saint-Ouen.

Y en Bruselas, Gante, Brujas... En las ciudades belgas, en sus iglesias, en sus museos, en sus calles, decrecen la soledad y el desasosiego que acompañan al poeta: resuenan ahí los ecos del pasado, del pasado histórico español... Y se conmueve:

—En toda esta tierra es imposible dar un paso sin tropezar con las reliquias de nuestra pasada grandeza, cosa triste y que más de una vez me ha oprimido el corazón.

La nostalgia del pasado feliz, de su niñez y adolescencia, se le acrecienta, arremete contra su intelecto romántico atormentado por la duda, contra el escéptico que ha nadado más allá de la corriente de la fe católica y sus tradiciones. A las once de la noche del 15 de agosto se confiesa: “Todo el día de hoy ha estado lleno de sensaciones vivas para mí”. ¿Qué experiencias ha sufrido? Ha ido a ver una exposición de cuadros en una casa de beneficencia dirigida por hermanas de la caridad. Ante esas candorosas criaturas una vez más se ha vuelto a avergonzar de sí mismo:

—Una de ellas me ha enseñado todo, y en su conversación y modales he encontrado aquel santo candor e igualdad de espíritu que tantas veces me ha cautivado en España en estas sublimes mujeres. Su sacrificio no puede ser más grande: su obra es oscura, pero como son oscuras las perlas en el fondo del agua... Delante de estas criaturas siempre me he avergonzado de mí mismo, pensando en la fortaleza de un ser tan débil naturalmente.

En las iglesias de Gante se celebran oficios con músicas sublimes; en las Brujas la celebración de vísperas se hace con gran pompa y son multitud los fieles que asisten. La música sagrada, los aromas orientales, la belleza de la luz que derraman los retablos... Ahí entonces al joven pasajero descastado lo traspasa una luz sobrenatural: de golpe se siente unido a la muchedumbre, y a través del hilo irracional de la redención ‘padece’ una experiencia religiosa que lo transporta al mundo de la infancia feliz...

—Si la religión no fuese santa por sí, nuestra razón debiera divinizarla.

En un país extranjero, absolutamente solo, a millares encuentra “hermanos que vuelven los ojos al mismo Padre”. Ese estado casi místico al que se siente transportado es aquel mundo al que “su madre piadosa lo llevaba de muy niño”. La verdadera patria está en las alturas. ¿Dónde la patria de aquí abajo, su familia y aquellas fiestas católicas que tanto lo alegraban en su infancia y primera juventud?

Mas todas esas luces religiosas no le llegan sino por medio de una espesa niebla hasta sus ojos, la niebla del conocimiento racionalista y el turbulento



escepticismo... Se encorva el poeta, apoya su frente sobre la fría columna del templo, no se atreve a levantar sus ojos de la losa sagrada... vislumbra su paraíso perdido... Y al llegar la noche deja escrita la siguiente ‘iluminación’:

—Yo he querido, como tantos otros, buscar la ciencia y la verdad por mí mismo; de las creencias que nunca debiéramos no ya perder, sino ni aun arriesgar, me queda lo que de salud resta a los enfermos; lo bastante para ambicionar y echar de menos cosas que difícilmente volverán.

En barco por el Rhin

¡Oh, tú, el más hermoso de los ríos! Contra las primeras luces del alba queda estampada su figura: ahí el bardo del Bierzo navegando en barco de vapor por las legendarias aguas del Rhin. La alegría de su paisaje sentimental es infinita. La música del Rhin se desliza sobre su imaginación romántica como en los poemas de Byron. Gil lleva entre sus manos *Las peregrinaciones de Childe Harold*. Y Gil tendrá el poder y la debilidad de transfigurarse en Childe: la mirada y el vértigo del héroe byroniano los lleva clavados en el corazón. Desde la penúltima madrugada del mes de agosto, durante los dieciocho días de navegación por las aguas del Rhin, Childe Harold se convierte en su acompañante íntimo.

—¡Es el Rhin un río lleno de poesía que por sí solo embellece la tierra por donde pasa!

Y el humo de los barcos... esos vapores que pasan velozmente, dejando en el aire un rastro muy largo de humo. Ahí va el peregrino del Sil surcando las aguas sagradas del Rhin, embelesándose con los castillos, las fortalezas y las ruinas que se despliegan a su paso. ¡Y esos efectos de la luz en la superficie! De repente se aparece la niebla, tan densa es la niebla que el capitán ha de detener el barco...

¡Por fin sale el sol! Oh, qué dichosas parecen todas esas gentes del pueblo que van desembarcando: “Lord Byron dice que son felices como la escena, y es cierto”. ¿Y él? El primer día se le ha pasado “muy agradablemente”, pero ¿qué torbellino espiritual ha estado agitándole? ¿Qué sombras como angustias no ha podido espantar de su memoria?

—Solo un deseo se me ha ocurrido, el mismo que a Childe Harold: que las aguas de este río fuesen las del Leteo y lavasen mi memoria de ciertos sedimentos acres y amargos.

Ese era el pensamiento de Gil-Harold mientras seguía con la vista el curso del río. Las arrugas surcan su sombría frente. Y entonces se le oye declamar:



—Cuántas fueron las veces que Harold amó o soñó que amaba, pues el éxtasis del amar no es más que un sueño. Pero su corazón melancólico se había insensibilizado, no había bebido aún Harold el agua de Leteo... ¿Qué requieren tus ondas para que mi ilusión sea completa? ¿Será la virtud del Leteo?... Tus aguas rodarán en vano sobre los dolorosos sueños de mi memoria...².

No obstante, las bellezas que incesantemente le ofrece ahí la naturaleza disipan su angustia. Recupera el peregrino del Sil su estado de exaltación. Las leyendas que le van recitando las aguas del Rhin le transbordan al esplendor medieval... en ruinas: el castillo de Rolando, la cueva del dragón muerto a manos de Sigfrido, el héroe del cantar de los Nibelungos... Es mágico el paisaje con sus castillos arruinados, sus declives de viñedos y sobre todo la soberbia masa del río...

—En el camino, pero sobre todo en la perspectiva de las Siete Montañas, he encontrado grandes semejanzas con otras escenas iguales de España, sobre todo en León.

Y se le aparecen islas como de otro mundo, la “preciosa isla” de Nonnenwerth... ¡Qué pena –se queja– no disponer de más días para vivir y meditar en sus jardines en medio del río! Y los castillos de Godesberg y Rolandseck, las ruinas de la abadía de Heisterbach... Es hermoso el país que va descubriendo, un pequeño paraíso. Aunque lord Byron no lo hubiese cantado en su *Childe Harold*, “sin versos ni poetas, sería siempre uno de los sitios más hermosos que la fantasía más rica pudiera imaginar”.

Navega embelesado el bardo del Bierzo, es “imposible de borrar en la imaginación” la belleza del espectáculo que está contemplando. Nunca había visto tantos cuadros naturales y tan hermosos en un solo día. Cae la tarde y atraviesa su barco el Rhin a la dudosa luz del crepúsculo, “cuadro admirable por el color un poco encendido y el sosiego del agua, y más que todo, por el Drachenfels, que pintaba en el fondo su descarnado esqueleto no lejos de los flexibles chopos de Nonnenwerth y de los arcos vestidos de yedra de Rolandseck...”

Pero entre las grietas de su efímera felicidad se han asomado una vez más los gérmenes de la depresión más profunda. Gil, lo mismo que el peregrino byroniano, ha sentido la llamada del ‘mal romántico’, el deseo de fundirse con las ruinas, de abrirse paso hacia la nada en brazos de la eternidad. ¿Qué concreta dolencia existencial está perturbándole el alma? ¿Y será tan poderoso ese misterioso mal que podría arrojarle a los abismos del suicido? ¿O procede

² Lord Byron, *Las peregrinaciones de Childe Harold*, Canto I, lxxxii y Canto III, xlix-l.



acaso su amargor de la presencia en su piel de una pasión de amor nunca satisfecha? Así lo expresa bajo la soledad de la noche en su *Diario*:

—En realidad esto pudiera llenar el hueco del deseo más exigente, si en ciertas disposiciones del alma no hubiese algo de enfermo y desasosegado. La compañía que he tenido, tal vez, me ha impedido un poco gozar del paisaje; pero en el fondo me alegro, porque ha comprimido ciertos malos gérmenes que con la soledad se desarrollan a pesar de mis esfuerzos.

¡Oh Rhin, tu nombre irá en adelante siempre atado en su memoria “a ideas de dulzura y de simpatía...” El Rhin crecido y majestuoso corre a ocultarse en la garganta de Andernach. Y allá arriba la ciudadela de Ehrenbreitstein. Y aquí, en esta ciudad de Coblenza, la ciudad mejor situada que hasta ahora ha visto en el Rhin, y tal vez en ninguna otra parte...

—Si la suerte me condenase a vivir y morir lejos de los míos, este pueblo escogería.

¡Salud al peregrino del Rhin camino de Berlín! Su cara y su alma traspasadas por el romanticismo del Rhin, y esa su melancolía que se enciende al escuchar los misterios medievales... La noche se ha puesto muy oscura y tempestuosa. El Rhin se ha sumido en las tinieblas. Los relámpagos dejan ver de cuando en cuando las colinas lejanas con una tinta lívida, y revisten de una apariencia siniestra las encastilladas rocas de Ehrenbreitstein...

No cesa el Rhin de desplegar bellezas y fantasías de otra edad... Poco esfuerzo tiene que hacer la imaginación para trasladarse a los tenebrosos tiempos de la Edad Media a la vista de tantos castillos en las montañas, de tantos pueblos amurallados debajo de ellos, y sobre todo de aquel paisaje áspero y sombrío que tan bien se aviene con las ideas que naturalmente excitan los recuerdos de aquellos días...

La fascinación del pasajero es cada vez más intensa ante el hermoso panorama que ofrece el curso del Rhin. El viaje por el Rhin... es un viaje interior hasta las aguas del Sil: el Rhin y un valle “angosto pero lindo”, un valle con un arroyo en el fondo, “que parece vivo retrato del de Agadán en el Bierzo”. El Rhin y otro valle lindo, el ‘valle suizo’, pero que “ni aun iguala a muchos de los que he visto en la provincia de León.” Y más ruinas de castillos, columnas derruidas en las que cree encontrar un recuerdo de la patria.

Corre el Rhin tumultuosamente, y son sublimes los panoramas que lo adornan. Apenas cinco días le quedan a Gil para despedirse del Rhin. Y se despedirá de él en su más hermoso teatro, honrando al poeta que ha venido acompañándole, al héroe que lleva en su corazón, al enormísimo Byron, al peregrino Childe Harold:



—La descripción del Rhin que ha hecho Byron en *Childe Harold* no solo es hermosa como poesía, sino de extraordinaria exactitud.

Antes de despedirse del Rhin habéis de verlo navegando río abajo en botes y lanchas hasta los muelles y pueblos de donde parten los caminos que le conducen a las alturas de Rheinstein y Niederwald, ruinas que le inspiran los pasajes tal vez más líricos que redacta en su *Diario* la primera noche que pernocta en Wiesbaden... Las estrechas gargantas del río, los puentes de piedra, y las islas verdes que divisa, llenas de mimbreras las unas, coronadas de altos y acopados árboles las otras... Gozando va Enrique Gil “de lo blando y terrible” del Rhin.

No en barco sino en tren llega al escenario donde ha de despedirse del Rhin. En la ciudad de Maguncia apenas ha tenido tiempo para poder acercarse al mítico lugar. Ved ahí al peregrino del Sil, a la orilla derecha del Rhin, de pie, temblando de emoción poética, presintiendo que tal vez nunca más volverá a ver el río sagrado de Germania. Y entonces abre las alas de su voz trémula y romántica y, con sus ojos azules de bardo del Noroeste Atlántico, le recita al Rhin las estrofas con que Childe Harold se había de él despedido:

—¡Adiós, bello río del Rhin! El extranjero se aleja penosamente de tus orillas, ¡cuán dulce es para dos almas unidas, o para la contemplación solitaria, extraviarse en tan embelesador paraje!... Te repito mi adiós, oh, tú, el más hermoso de los ríos...³.

Escuchando canciones de la tierra

En realidad el paisaje de su alma es una constante despedida. Y su soledad...

—Mi soledad es agradable casi siempre para mí, aunque sin duda peligrosa...

¿Y acaso no es medicinal el lenguaje de la música? ¿Qué dice la música, qué dicen las canciones de la tierra que a veces rozan su corazón al anochecer? En una calle de la ciudad de Amberes se ha sentado a la mesa de una taberna a escuchar esas canciones...

—Uno solo llevaba la voz y los demás formaban coro para responder. El primero tenía un metal de voz de una calidad excelente y muy pastoso. Cantaban con bastante afinación, y aunque la canción distaba mucho de las populares nuestras en el sentimiento, tenía dulzura y melodía...

La noche siguiente a la despedida del Rhin vaga por las calles más bulliciosas de Frankfurt, pasa un largo rato en un delicioso jardín a la orilla del Main, “donde había una música bastante buena”, y de regreso a casa encuentra

³ Lord Byron, *Las peregrinaciones de Childe Harold*, Canto III, lix-lx.



a un cantor callejero al que acompaña un arpista... ¿Qué le dicen a su alma las canciones alemanas que cantan esos músicos vagabundos? Esa voz tan agradable, esa música tan suave y dulce... De esos músicos ambulantes hay infinitos. Le sumergen sus canciones en los largos pentagramas de la ausencia... Esos músicos vagabundos, chicuelos la mayoría de ellos, que andan tocando y cantando por las calles... ¿De qué le hablan esas canciones que al anochecer repican en su brumosa geografía?

Vedle ahora asomado a la ventana de la habitación de la fonda donde duerme. Todavía se extravía su imaginación entre las tumbas del cementerio de la ciudad de Göttingen que acaba de visitar. Y entonces ve pasar a dos o tres hombres y una mujer por debajo de la muralla “cantando una canción de una dulzura y melodía particulares, aunque monótona...” ¿Ni una sola lágrima derramaría el poeta? Nada dejará escrito sobre los sentimientos, sobre las emociones que le despertarían... Pero cada vez que escucha las canciones de la tierra le hieren los dardos de la soledad: la soledad que siente entonces es inmensa.

Pan de centeno y jamón crudo

El poeta también come y bebe. No sabemos si Gil pasa hambre y sed en los carruajes, por las carreteras y caminos de hierro... Apenas si apunta en el *Diario* dos o tres notas sobre la ceremonia del comer y el beber entre las gentes del norte de Europa.

Las gentes de Bélgica ejercen la hospitalidad del mismo modo que en España, y son de una cordialidad muy grande. Las horas de comer, advierte el peregrino, son las mismas que en las provincias de España, y las instancias y agasajos, de la misma especie. Aquí ha vuelto a encontrar la ‘familia’ tal como en España cree que se concibe, “y cuyo rastro había perdido en Francia”. Y no se ha sentido tan solo como esperaba:

—En las pocas horas que he corrido por estos caminos, puedo decir que he hablado más que en los varios días que han durado mis viajes por el vecino reino. No parece sino que del trato y correspondencia antigua han quedado ciertos ecos que se despiertan al menor sonido.

Un mediodía ha salido el peregrino de la ciudad de Godesberg, y tras haber cruzado el río, en Königswinter, ha comido “en mesa común, en medio de una concurrencia animadísima”. Le llaman la atención los naturales “por su buen humor y el gusto con que despachan sus botellas juntando los vasos”. A su lado se han sentado cuatro jóvenes, que podían ser estudiantes, y el más cercano sostiene con él una larga conversación en francés llena de candor y de franqueza... Ved ahí al poeta extranjero compartiendo el vino que bebe el



estudiante alemán, la alegría del licor del Rhin que arrincona las máscaras de la desolación.

En Homburgo, en el Kursaal, “templo del dios vil del juego”, ha comido perfectamente y muy barato:

—Yo, que no bebí vino, no gasté sino un florín, dos pesetas, en una comida de quince platos tal vez. Esto es prodigiosamente barato en Alemania, aunque el número de huéspedes lo explica.

En el sitio de caza del conde de Bassensien ha descansado un rato, y ahí unos compañeros de viaje ingleses han descorchado una botella de vino del mismo paraje, para huir de la ociosidad. ¿Qué aromas desprendía aquel vino del Rhin?

Solo en una ocasión especifica el poeta la clase de alimento que ha ingerido por el camino, en la posada de una región de nieblas cuyos habitantes, aunque se jactaban de tener sus campos bien cultivados, le parecieron pobres:

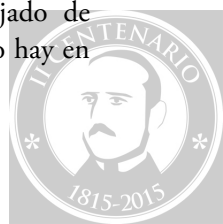
—Donde nos paramos a comer nos dieron pan de centeno y, entre los platos, jamón crudo.

En el cementerio de Frankfurt

Le azuza el deseo de llegar pronto a Berlín. Es cada día más febril su mirada, ¡y cómo va creciendo su excitación...! En Frankfurt, tras haber contemplado algunos cuadros en el Museo de Pinturas y admirado con delectación la estatua de Ariadna en el jardín de ensueño de Moritz von Bethmann, banquero judío, visita el cementerio. Su pasión romántica por la Muerte ya le había arrastrado al cementerio del Père Lachaise en París y otros camposantos...

Pero ved ahora al bardo de la niebla pisando las desolaciones que crecen entre las tumbas del bellísimo cementerio de Frankfurt. Se le amontonan los cadáveres en su corazón errante. Está meditando sobre las tumbas de las ausencias, sobre las lejanías con nombres de amores estrangulados... ¡Si entre esos silencios de pronto se apareciese la Muerte!

Se admira de lo sencillos que son los monumentos: una cruz de mármol, o de piedra de grano, o de madera, en que se lee el nombre del muerto... sombreada por sauces llorones, y adornada y rodeada de flores. No se nota ese “empeño de encubrir”, de “disfrazar a la muerte”, que ha observado en los cementerios de Francia. En este cementerio alemán “se la suaviza y hermosea en lo posible”. Si entre esas flores se apareciera la Muerte, imagina Gil que parecería “la virgen misteriosa de los últimos amores”: así la había pintado en sus versos su “querido y malogrado” Espronceda, a quien recuerda ahí, admirando una tumba hermosa... “Es eterno su amor”, murmura. ¿Acaso está deseándola? ¿Tan atractiva está sintiendo a la Muerte? No ha dejado de rondarle por su mente una indolora declinación... ¡Tanta paz y sosiego hay en



la morada “del postrero y perdurable descanso”!, escribirá en la noche bella de Frankfurt.

Penetra luego Gil en el cementerio judío y no se explica tal contraste: “No se ven sino piedras sepulcrales sin flores, árboles ni adornos de ninguna clase”. ¿Será porque es distinto su sentimiento de la muerte? Pero tanta aridez, tanta austeridad –así piensa el poeta alejándose de todos sus muertos– “desentona al lado de un cuadro tan dulce y melancólicamente hermoso.”

En tren hacia Berlín

¡Adiós, bardo del Bierzo! Siempre fue esa palabra, “adiós”, voz que aflige nuestros oídos, Gil-Harold...

Cae música de violas vagabundas sobre el andén de la estación de ferrocarril de Magdeburgo. Se ha subido el poeta atlántico al tren que ha de llevarle hasta la ciudad de su expiración. Ahí está como ausente, sus cabellos casi rubios contra el cristal, sus cansados ojos azules mirando por la ventanilla más allá de las chimeneas de los barcos que surcan el río, mucho más allá del Elba y el brumoso horizonte del otoño germánico...

El espectro al que está mirando Gil es un héroe de su infancia: ¡es el barón Trenck! El barón Trenck, “cuyo cautiverio y aventuras tan ansiosamente leía en mi primera edad, bien ajeno entonces de que algún día había de visitar su teatro”. El barón Trenck, caballero prusiano que había vivido una vida llena de desventuras amorosas. El barón Trenck, fervoroso amante, espía y escritor que había realizado misiones diplomáticas por encargo de la emperatriz María Teresa de Austria y que fuera ejecutado en París... ¡Al espectro del barón Trenck, sombra de sí mismo, se ha quedado mirando Enrique Gil! ¡Al héroe de su niñez ha consagrado Gil el cuadro final de su literatura!

Silba la salida del tren con destino a Berlín su resplandeciente locomotora, la metáfora más romántica de la belleza industrial. Silba la máquina y relumbran los farolitos de los carruajes, retiemblan los cristales de las ventanillas, se empañan los rostros que entonan su despedida en el andén. Vedlo por última vez, en tren rodando al peregrino del Sil, iluminado por una lírica luz crepuscular, mirando hacia el sol verde y último de Berlín.

¡Adiós, Gil-Harold! ¡Adiós, bardo de la niebla!

